

## Presentación

Nada hay tan apasionante como la docencia, ya sea a los estudiantes de grado o a los que se encuentran en su periodo de formación una vez terminada la licenciatura. Desde mi faceta de médico debo decir que, de entre las actividades que he realizado en mi vida: asistencial, de investigación y de docencia, esta última ha sido la más satisfactoria, y es que nada hay tan bonito en la vida como enseñar y transmitir. En este sentido es primordial tener vocación, pero tan importante o más es saber enseñar y cómo trasladar conocimientos que sean útiles y que motiven a los discentes. No se trata de inundarles de conocimientos, sino de transmitirles valores, actitudes, información, ética y motivación.

Hoy la universidad ha cambiado enormemente en relación con aquella que hemos vivido durante el siglo xx y no digo respecto a los anteriores. La selección del profesorado, antaño amparada en los conocimientos y en la capacidad docente del profesor, hoy ha sido sustituida por nuevos conceptos como el *curriculum vitae* expresado a través de las publicaciones, factor de impacto, proyectos de investigación, horas de gestión y prácticas docentes. La selección de los profesores está sin duda actualmente basada en ítems que puedan ser valorados de manera explícita, pero no se tiene en cuenta la capacidad oratoria y la habilidad en la transmisión de conocimientos. Lamentablemente se puede ser hoy en día profesor sin que ningún tribunal o comisión haya oído al docente expresarse y poder juzgarle en su capacidad formativa, comunicativa y motivadora.

Hemos perdido al maestro en aras de un cualificado profesional que quizás nunca pensó en serlo, pero que, obviamente, llegada la oportunidad la aprovecha. En eso no hemos cambiado socialmente, ya que el prestigio de un catedrático sigue siendo alto y bien valorado, pero su vocación y dedicación es absolutamente diferente.

Formación e información es el dilema docente más esencial. Todos hemos tenido profesores en los que hemos valorado su gran conocimiento, y a la par otros, que quizás fueran menos sabios, pero que hemos estimado enormemente por su capacidad didáctica y comunicativa. Si pensamos en nuestra propia formación cuando éramos estudiantes, en la cantidad de profesores que nos han enseñado en las diferentes asignaturas, seguro que llegamos a la conclusión de que tan solo unos pocos (se pueden contar con los dedos de una mano) nos impactaron y fueron determinantes en nuestra formación.

Pensemos además que hoy en día las fuentes de información han cambiado enormemente, de modo que el estudiante o el aprendiz puede encontrar en internet, ChatGPT, Google, etc., datos más contrastados y fiables que los que propiamente les puede transmitir el profesor. Por eso es tan importante la parte formativa, aquella que deja una huella indeleble y enseña al estudiante a seleccionar, comunicar, transmitir, pensar, buscar datos fiables y a ser lógicos y consecuentes.

En este contexto este libro de Eduardo Guibelalde del Castillo es de gran interés y recibo, dado todo lo que guarda en su interior y por cuanto trascenderá al lector por lo que lee para agitarle el cerebro. Dice el autor del libro *Vencer o convencer*: «Un minuto de pensar equivale a una hora de hablar». En esa frase se encierran los secretos de este ensayo que, en definitiva, está orientado a que en la era de la información le prestemos atención a la conformación de nuestro espíritu.

Yuval Noah Harari, en su reciente libro *Nexus* nos habla de las redes de información desde la Edad de Piedra hasta la inteligencia artificial, señalando la importancia de las redes humanas en la transmisión de la verdad y de la posverdad. Hoy sabemos que la inteligencia artificial conformada por el *machine learning*, el *deep learning*, las redes neuronales y los *big data* ha generado la denominada cuarta revolución que está transformando la sociedad en tan solo unos años. Pensemos que la tercera revolución, la revolución industrial necesitó décadas

para imponerse y que fuera aceptada globalmente tanto de manera individual como colectiva, de modo que estamos ante un verdadero cambio de paradigma, una revolución sísmica. Como dice Omar Hatamleh, experto mundial en inteligencia artificial, en su libro *Esta vez es diferente*, la inteligencia artificial trasciende a la humanidad, de modo que hay un antes y un después. Su impacto abarca todos los terrenos, y con toda seguridad a la educación y a la formación.

Como decía Albert Einstein: hay que adaptarse al cambio; y no solo eso: tenemos que saber desaprender. Alvin Toffler (1928-2016) escritor sociólogo y futurista decía en su libro *El shock del futuro*: «Los analfabetos del siglo XXI no serán aquellos que no sepan leer y escribir, sino aquellos que no sepan aprender, desaprender y reaprender».

Actualmente el mundo que nos movemos gira en torno a la inteligencia artificial generativa mediante la cual podemos crear contenidos como textos, imágenes, audio o vídeo, y está siendo ampliamente utilizada con aplicaciones reales como ChatGPT, DALL-E, etc.; pero se nos viene encima la inteligencia general que busca replicar la capacidad de razonamiento y aprendizaje humano en toda su amplitud, lo que se trasladará en resolver problemas, aprender y adaptarse sin intervención humana y entender y responder con creatividad, intuición y lógica tal y como lo hace el ser humano. Esta última, la inteligencia general, aún está en investigación y desarrollo, pero pronto será una realidad.

La divulgación científica no es solo un acto de comunicación, sino una responsabilidad ética, algo que ya advirtió nuestro gran Gregorio Marañón cuando en los años 50 del siglo pasado publicó el libro *Vocación y ética*, dos palabras que encierran en sí mismas los valores que deben adornar al médico y al ser humano en general, aunque hoy en día hayan sido dejadas de lado en razón del pragmatismo, ahorro de tiempo, la incorporación tecnológica, y el acceso a la información. No olvidemos que muchos estudiantes acabarán siendo líderes, educadores y embajadores

del cambio, y que necesitarán un acceso a la información y a las nuevas tecnologías, que sea ordenado y por tanto capaz de discriminar, adaptar y aplicar el conocimiento adecuado a cada caso y momento, y todo ello aderezado con un comportamiento empático y compasivo con el enfermo. Inteligencia artificial y medicina humanista deben pues darse la mano para realizar un abordaje holístico aprovechando todas las nuevas tecnologías para garantizar los mejores resultados. Por eso vocación y ética son tan trascendentales.

Sin duda, una de las preguntas que se hará el lector es por qué es diferente este libro de Eduardo Guibelalde del Castillo. El autor nos traslada a un nuevo universo en la formación y en el aprendizaje. Todo lo que escribe tiene un gran sentido, motiva la reflexión, y se hace preguntas de gran trascendencia, por lo que el lector no se quedará indiferente. Ya en su anterior libro *Ya no vuelan cometas en los Cerros del Viento*, Eduardo nos sumía a una situación de misterio, intriga y trama que hizo las delicias del lector y que ahora nos traslada al mundo del aprendizaje y de la enseñanza.

Eduardo Guibelalde del Castillo (Madrid 1960), físico, es catedrático de Universidad en el Departamento de Radiología, Rehabilitación y Fisioterapia de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, donde dirige el grupo de investigación «Física médica e instrumentación biomédica». Tiene más de 180 publicaciones científicas, además de numerosos proyectos de investigación y, sobre todo, muchos años en sus espaldas dedicados a la docencia. Una autoridad que se refleja en el extraordinario libro que ha escrito. Todo ello lo adorna con numerosas cualidades personales, de las que puedo dar fe, y que ha culminado con su integración reciente como Académico Correspondiente de la Real Academia Nacional de Medicina de España donde nos da muestras diarias de su talento y valía humana.

Por eso recomendamos este libro para todos los estudiantes de Medicina o residentes en periodo de formación, ya que

encontrarán respuestas a muchas de sus inquietudes, abriéndoles expectativas únicas para poder progresar en una profesión tan vasta y compleja. Esta recomendación me atrevo a hacerla extensible a toda persona que desee comunicar, divulgar y transferir conocimiento, usando estrategias y modelos mediante un lenguaje universal que despierte curiosidad y fomente el entendimiento y la empatía.

Ahora, estimado lector, siéntese a disfrutar de este libro, que a mí se me antoja un ensayo, en el que se invita al interesado a pensar y meditar sobre la docencia en general y muy en particular sobre las habilidades y capacidades comunicativas que la sociedad moderna exige en la que cada cual, como dice el autor: «... demuestre lo que sabe hacer».

Eduardo Díaz-Rubio  
Presidente de la Real Academia Nacional  
de Medicina de España